

LA FAMILIA EN PELIGRO

El santo **Juan Pablo II**, el que escribiera en los años primeros de su vida apostólica el famoso estudio sobre *“Amor y responsabilidad”*, insiste, siendo ya Papa, en lo que él definió como la *“civilización del amor”* y lo lleva hasta los últimos límites de la vida familiar y social.

Con motivo del Año Internacional de las Familias, el 2 de febrero de 1994, nos regaló una Carta Apostólica que titulaba *“Carta a las familias”*. Por su lúcido y valiente contenido no debería caer en el olvido.

La *“Carta a las familias”* es un documento original: por sus destinatarios directos, sin intermediarios, las familias y por su estilo coloquial, como el de un Pastor que se dirige paternalmente a unas familias reunidas en su derredor.

En el nº 14, hablando sobre el amor, que siempre es exigente, nos indica cómo los peligros que atenazan a la familia son también una amenaza a la civilización del amor. Recordemos sus palabras:

“Los peligros que incumben sobre el amor constituyen también una amenaza a la civilización del amor, porque favorecen lo que es capaz de contrastarlo eficazmente. Piénsese ante todo en el egoísmo, no sólo a nivel individual, sino también de la pareja o, en un ámbito aún más vasto, en el egoísmo social, por ejemplo, de clase o de nación (nacionalismo). El egoísmo, en cualquiera de sus formas, se opone directa y radicalmente a la civilización del amor. ¿Acaso se quiere decir que ha de definirse el amor simplemente como «antiegoísmo»? Sería una definición demasiado pobre y, en definitiva, sólo negativa, aunque es verdad que para realizar el amor y la civilización del amor deben superarse varias formas de egoísmo. Es más justo hablar de «altruismo», que es la antítesis del egoísmo. Pero aún más rico y completo es el concepto de amor, ilustrado por san Pablo. El himno a la caridad de la primera carta a los Corintios es como la carta magna de la civilización del amor. En él no se trata tanto de manifestaciones individuales (sea del egoísmo, sea del altruismo), cuanto de la aceptación radical del concepto de hombre como persona que «se encuentra plenamente» mediante la entrega sincera de sí mismo. Una entrega es, obviamente, «para los demás»: ésta es la dimensión más importante de la civilización del amor.

Entramos así en el núcleo mismo de la verdad evangélica sobre la libertad. La persona se realiza mediante el ejercicio de la libertad en la verdad. La libertad no puede ser entendida como facultad de hacer cualquier cosa. Libertad significa entrega de uno mismo, es más, disciplina interior de la entrega. En el concepto de entrega no está inscrita solamente la libre iniciativa del sujeto, sino también la dimensión del deber. Todo esto se realiza en la «comunidad de las personas». Nos situamos así en el corazón mismo de cada familia.

Pasan los años y los peligros que acechan a la familia, y en definitiva a la civilización del amor, siguen vigentes e incluso en un crecimiento verdaderamente preocupante.

Tratando de superar esta triste situación, el 10 de enero de 2002, el psiquiatra **C. GómezLavin** escribía en el semanario *Alfa y Omega* una reflexión que titulaba *“Salvemos la familia”*. Aún ahora, pasados unos años, sus palabras siguen siendo interesantes y dignas de ser tenidas en cuenta:

“Vivimos una gran paradoja. La sociedad industrial, orgullosa de sí misma, del avance humano que supone su capacidad de dominio y transformación de la naturaleza, se encuentra, sin embargo, herida en sus engranajes más delicados y vulnerables por inquietantes síntomas de descomposición. André Frossard ha dicho: «Las antiguas civilizaciones fueron destruidas por la invasión de los bárbaros; la nuestra tiene los bárbaros dentro de sí».

1 – El niño maltratado

Hay una realidad social que está comenzando a preocupar en los medios sanitarios; y es preciso darse cuenta y no cerrar los ojos. La vida familiar es para un número creciente de niños una fuente de lesiones psíquicas e incluso físicas. Es cada vez mayor el número de casos de menores de cuatro años que requieren tratamientos por los golpes recibidos de sus propios padres. Se empieza a crear una patología diferenciada y grave. El niño maltratado es una realidad brutal que constituye un problema paradójico en esta civilización de progreso.

Es verdad que estos niños brutalmente golpeados son sólo casos extremos, pero también son un exponente muy expresivo de lo que puede suceder. No podemos olvidar que una de las características fundamentales que puede definir el concepto de civilización es la convivencia y el principio de protección al débil y al necesitado.

2 – El niño de la llave

Porque al síndrome del niño maltratado debemos añadir otro síndrome, también numeroso, calificado ya como el del niño de la llave. Los Key children, de los ingleses, se cuentan ya por cientos de miles en algunos países avanzados, e incluso en el nuestro. Los Key children no son víctimas de ninguna agresión física ni de violencia. Sufren simplemente la ausencia familiar, de una soledad continua, casi infinita.

Sabemos que la familia es la base de la sociedad. Y del mismo modo que las olas que azotan una fortaleza acaban por destruirla, la familia, esa maravillosa institución humana, está siendo abatida constantemente. Nuevas costumbres, medios de difusión, televisión, cine, bienestar, comodidad... etc., nos están invadiendo, más atentos al éxito económico –halagando las bajas tendencias humanas, y el goce inmediato– que a cultivar los auténticos valores humanos.

El desarrollo erróneo que hace cambiar familia por bienes de consumo está estructurando un grupo familiar en el que el hombre y la mujer salen de madrugada de su casa para volver a ella por la noche.

*Ello lleva a una reducción cada vez mayor de la relación familiar, como señalaba la profesora **Nuria Chinchilla** en el Congreso “La familia, esperanza de la sociedad”, celebrado recientemente en Madrid:*

«La reducción del tiempo a la familia es tal, que hay estadísticas recientes que han llegado a demostrar cómo en Estados Unidos sólo son 3 minutos diarios los que convive la familia, frente a las 4 horas y 20 minutos que dedican a la televisión».

Y es así como surge el niño llave que va al colegio, que se viste, que se cuida de sí mismo... Ningún rostro al llegar a casa. De su familia no tiene más que eso:

la llave de su casa. Su vida infantil debe cambiarse por obligada independencia de adulto.

3 – Consecuencias en el niño por la ausencia de los padres

La traducción clínica de esta ausencia de padres es clara: trastornos emocionales, delincuencias, promiscuidad sexual, robos, y todo un campo bien abonado para esa conducta antisocial. De esto los psiquiatras tenemos buena conciencia.

La solución de no pocos enigmas de la clínica diaria se encuentra no en el enfermo, sino en esa trama compleja de relaciones intrafamiliares, en tantos casos tan insatisfactorias. No podemos permanecer ciegos ante esta realidad. El niño actual, con más cuidados médicos y más instrucción escolar que nunca, tiene una gran carencia de afecto. Le falta muchas veces ese calor de hogar.

La historia de las civilizaciones es –en su verdad más íntima– la historia de las familias. Lo importante es sembrar cara a los hijos, el fruto ya se recogerá. La familia es como el jardinero que cultiva con esmero la humanidad de cada persona, en orden a su pleno desarrollo. Si falta la familia, la desertización es inexorable.

4 – Ofrezcamos soluciones

¿Pero cuáles pueden ser las causas y qué podemos hacer? Los hijos constituyen un gran bien para el país y para la sociedad. Nuestro mundo de mañana será lo que decidan las familias de hoy. No se puede dejar el futuro de la Humanidad en manos del progreso técnico, ni del bienestar económico. Es preciso volver a revitalizar los auténticos valores humanos, y contar con parámetros éticos que orienten adecuadamente la vida familiar.

Es preciso darse cuenta de que el hombre y la mujer en el hogar son el núcleo dinámico de esa relación afectiva familiar. Los transmisores de los verdaderos valores, los que enseñan con su amor y su ejemplo a limar toda clase de asperezas. La presencia especialmente de la madre es vital para el pequeño en el primer año de vida. La separación de la madre y su inmersión en un ambiente ajeno –casa-cuna, guardería...– estimulará, sin duda, su desconfianza y agresividad. Puede incluso hacer de él, en época posterior, una persona difícilmente adaptable. Y es que la madre, con su contacto físico y su ternura, transmite al hijo insustituibles mensajes de seguridad y afecto.

Pero no es sólo la actitud de la madre la que cuenta. El padre también juega su papel. No sólo en lo que se refiere a transmitirle afecto y cariño, sino también en nuestra cultura representa la figura de autoridad, y al que corresponde gran parte de la seguridad de la casa, y, ¡cómo no!, es el modelo masculino de identificación de los hijos varones.

Requeriría mucho espacio exponer con detalle los múltiples trastornos que pueden resultar del no cumplimiento fiel de este papel. Porque, además, el padre suele tener unas coartadas casi perfectas para dejar a los niños semiolvidados: el pluriempleo, los transportes públicos, la vida social por motivos de trabajo... Y el resultado es que los niños sufren la ausencia de los padres, no sólo la ausencia física, sino fundamentalmente la afectiva, que es más importante.

5 – Corresponsabilidad social ante el problema

Ante esta situación, ningún ciudadano honrado puede quedar inactivo o indiferente. No se trata de imponer, sino de defender los valores radicados en la naturaleza misma del ser humano. Ninguno puede inhibirse o tratar de justificar la propia inactividad pensando que, hoy por hoy, no se puede cambiar tal situación. Hemos de sentirnos responsables. El futuro de cualquier sociedad está en los niños: los monumentos más importantes que esa cultura produce. Y los hombres del futuro son los niños de hoy.

Urge revitalizar la familia, porque el hijo necesita una atmósfera de paz y sosiego; un ambiente sereno en el que haya preocupaciones, pero no complicaciones. Ya desde el primer momento los hijos son testigos inexorables de la vida de los padres. Lo que ocurre en un hogar influye en ellos para bien o para mal. Es precisamente en el hogar donde el niño va aprendiendo, muchas veces sin necesidad de palabras, las grandes directrices acerca de Dios, de la vida, de la muerte, del hombre, del mundo o del amor. De ese verdadero amor que es olvido de sí para pensar en otros y que está lleno de pequeñas minucias que no tienen otra razón de ser que las del cariño.

Porque, en definitiva, la actitud de los padres, su vida, será siempre el mejor mensaje”.

Ante este panorama, y tras los acertados consejos del especialista, también la Iglesia oferta su palabra y su acción en favor de los más abandonados de sus familias y de la misma sociedad. El mismo san **Juan Pablo II**, en su Exhortación Apostólica “*Familiarisconsortio*”(22 de noviembre de 1981), escribía lo siguiente a los privados de familia:

“Deseo añadir una palabra en favor de una categoría de personas que, por la situación concreta en la que viven —a menudo no por voluntad deliberada— considero especialmente cercanas al Corazón de Cristo, dignas del afecto y solicitud activa de la Iglesia, así como de los pastores.

Hay en el mundo muchas personas que desgraciadamente no tienen en absoluto lo que con propiedad se llama una familia. Grandes sectores de la humanidad viven en condiciones de enorme pobreza, donde la promiscuidad, la falta de vivienda, la irregularidad de relaciones y la grave carencia de cultura no permiten poder hablar de verdadera familia. Hay otras personas que por motivos diversos se han quedado solas en el mundo. Sin embargo para todas ellas existe una «buena nueva de la familia»...

A los que no tienen una familia natural, hay que abrirles todavía más las puertas de la gran familia que es la Iglesia, la cual se concreta a su vez en la familia diocesana y parroquial, en las comunidades eclesiales de base o en los movimientos apostólicos. Nadie se sienta sin familia en este mundo: la Iglesia es casa y familia para todos, especialmente para cuantos están fatigados y cargados”.

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote
www.semillacristiana.com

Salamanca, 6 de septiembre de 2019